ORACIÓN FÚNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA CATEDRAL DE MURCIA

POR EL ETERNO DESCANSO

DE

S. M. EL REY CATÓLICO DE ESPAÑA

DON ALFONSO XII

(Q. S. G. H.)

Y DISPUESTAS POR LOS EXMOS. É ILMOS. SEÑORES OBISPO, CABILDO Y AYUNTAMIENTO DE LA MISMA

PRONUNCIÓ EL CANÓNIGO

D. ILDEFONSO MONTESINOS TORRECILLAS

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA

Y EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

EL DIA 5 DE DICIEMBRE DE 1885

con licencia y aprobación de la autoridad eclesiástica

MURCIA.=1885

—

HIJOS DE NOGUÉS, IMPRESORES

DNU
12735

tel. 235630

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA CATEDRAL DE MURCIA

POR EL ETERNO DESCANSO

DE

S. M. EL REY CATÓLICO DE ESPAÑA

DON ALFONSO XII

(Q. S. G. H.)

Y DISPUESTAS POR LOS EXMOS. É ILMOS. SEÑORES OBISPO, CABILDO Y AYUNTAMIENTO DE LA MISMA

PRONUNCIÓ EL CANÓNIGO

D. ILDEFONSO MONTESINOS TORRECILLAS

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA

Y EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

EL DIA 5 DE DICIEMBRE DE 1885

con licencia y aprobación de la autoridad eclesiástica

MURCIA.=1885

—

HIJOS DE NOGUÉS, IMPRESORES

CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

A S. M. la Reina Gobernadora

D.ª María Cristina

Habsbourg-Lorena

En testimonio de la acendrada gratitud que guarda el pueblo de Murcia á su querido y malogrado Monarca DON ALFONSO XII (Q. S. G. H.) y de respetuosa y leal consecuencia á su amadísima Esposa, angelicales y queridísimas Hijas, y á toda la augusta y atribulada real familia, B. LL. RR. MM. de V. M., y le dedica este modesto trabajo,

SU HUMILDE CAPELLAN

Ildefonso Montesinos

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

Non recedet memoria ejus... a generatione in generationem.

ECCLES. C. 39 V. 13.

No se perderá su memoria de una en otra generación.

EXMOS. É ILMOS. SEÑORES:

HERMANOS QUERIDOS EN N. SR. JESUCRISTO:

YA lo veis, nada subsiste aquí: la grandeza, el poder, la fortuna, el valor, la juventud y la fama, el talento y el genio, todo, Sres., acaba y se desvanece como el humo. Era ALFONSO XII un Rey joven, esperado con ansia antes de su nacimiento, querido de todos en su inocente niñez, desterrado y proscrito de la patria cuando apenas podia conocer á los hombres, aclamado luego y pedido por el pueblo español, por este pueblo nobilísimo, que me parece más grande en sus

desventuras que en sus prosperidades; lleno de vida, porque todavía no habia cumplido 28 años; mimado por la suerte en todas las empresas que acometía; generoso, magnánimo, caballero... cuando empezaba á constituir una familia, que era la esperanza de la patria, y el lazo de unión á que podian agruparse todos; cuando con Él habia venido la paz á los pueblos, y la prosperidad á nuestra decaida industria, y el movimiento y la vida á nuestro paralizado comercio; y por Él levantado nuestro crédito, perdido casi en todos los mercados de Europa; y con Él y á la sombra de Él, considerada y protegida hasta donde era posible, dadas las circunstancias, nuestra santa y adorable religión... ¡oh hermanos mios! cuando tanto podiamos y debiamos esperar de nuestro joven Príncipe, la muerte, la triste muerte ha venido á destruir esa vida preciosa, y á sumir en un mar de aflicciones á una familia augusta y desventurada, y á cubrir otra vez de zozobras y de luto á esta hidalga nación, digna como la que más de mejores destinos.

Yo adoro, hermanos mios, los designios de la Providencia de Dios. Pasó el malogrado Monarca por casi todas las veleidades y vicisitudes humanas; recorrió la escala de todas las grandezas, y de casi todas las contrariedades y disgustos. Tuvo Padres cariñosísimos y buenos; una Madre, que si largos años separada de Él por la forzosa necesidad de los acontecimientos, Dios le ha proporcionado ahora el triste consuelo de que ella misma le cerrara los ojos: tuvo una

Esposa inolvidable y tiernísima (1), que como ángel que era de la tierra, bien pronto salió de aquí, pasando como una sombra, para habitar con los ángeles del cielo; y otra Esposa luego, sobre toda ponderación cristiana y bondadosa, modelo de mujeres y de madres, y á cuya angustia y dolor en estos tristes momentos, nos asociamos como buenos nosotros... ¿qué digo nosotros? se asocian seguramente, piensen como piensen, todos y cada uno de los hijos de esta hidalga tierra española. Lo repito, hermanos mios, cuando nuestro inolvidable Monarca estaba rodeado de tan dulces y justas satisfacciones; Esposa digna y ejemplar; Hijos angelicales á su lado, porque ángeles son esos niños, esas criaturas que manda Dios para que hagan la felicidad del hogar y de la familia; Padres y Hermanos tiernísimos y buenos; y por complemento, el amor de los pueblos, la suerte y la felicidad en las empresas, el respeto y la consideración de las naciones; y en lontananza prosperidades sin cuento, y una vida que, á quererlo Dios, prometía ser muy larga y dichosa... ¡oh hermanos mios! cuando todo sonreia al lado suyo, Dios nuestro Señor le ha llamado á Sí, para que miremos en su justo valor la vanidad de las cosas humanas, y nos persuadamos de una vez, que ni la grandeza, ni el poder, ni la juventud, ni la fortuna, ni el talento, ni todas estas cosas re-

---

(1) S. M. la Reina D.ª María de las Mercedes de Orleans y de Borbón, nacida el 24 de Junio de 1860.

unidas, ni nada absolutamente puede durar aquí; porque no somos ni hemos nacido para la tierra, que nuestra patria verdadera é inacabable está en los cielos.

Voy pues á hablaros un poco del ilustre y bondadoso Monarca que acaba de morir, y, sobre todo, de sus virtudes morales, políticas y religiosas, que son imperecederas, y no morirán: *non recedet memoria ejus... a generatione in generationem*. Es cuanto he podido pensar en estos angustiosos momentos, dignos por cierto de otra más fácil y más instructiva palabra. Mucho, Sres., me tendréis que dispensar.

Dios habia concedido á ALFONSO XII un favor, que no dispensa siempre á todos los príncipes: hijo y nieto de reyes, y de los reyes más poderosos de Europa, no era regular que hubiese podido conocer y apreciar en sí mismo la sencillez de la vida privada. Sin los memorables acontecimientos de 1868, el príncipe ALFONSO no hubiera bajado del soberbio alcázar donde habia nacido; ni habría gustado ni conocido siquiera lo que son las miserias y desdichas humanas; ni habría visto otra cosa que ostentación y grandezas por todas partes; lujo y tal vez adulación en sus cortesanos; respeto más ó menos leal, más ó menos desinteresado en los grandes; ciega y absoluta obediencia en los pequeños; y se hubiera acostumbrado á verlo todo á través de ese engañoso prisma, que tanto altera la des-

nuda realidad en las cosas humanas. Sin aquel desgraciado acontecimiento, no se hubiera aproximado hasta ser amigo en un Colegio particular (1) de niños de todas las clases y fortunas: no habría visitado y conocido las casas de los pobres, ni penetrado en sus talleres, ni estrechado sus manos, ni probado su pan, ni sondeado sus desdichas, ni hubiera podido apreciar lo mucho que sufren los pueblos, cuando los reyes no les gobiernan en amor y justicia, como corresponde.

No era ALFONSO XII el rey de esta ó de aquella escuela política, como algunos quieren suponer: no el Príncipe demócrata ó absolutista; sino el Rey que ha visto y se ha penetrado de los trabajos de los pueblos; el que ha compartido en cierto modo sus privaciones y sus penas; el que ha sufrido en sí mismo terribles y amargos desengaños; el que se ha educado en la moderación y en la cristiana modestia, en el alejamiento del trono, en el instructivo reposo del hogar privado, fuera, ó por lo menos, á una conveniente distancia de ese fausto y de esa ostentación, de que forzosamente han de estar rodeados los monarcas: por eso ALFONSO XII era un gran Rey. Fuera del trono, fuera del alcázar de los reyes, fuera del aire más ó menos viciado de la corte, en el ostracismo, en el destierro, pudo conocer á los hombres como son, con sus cualidades y con sus defectos, con su deslealtad y con su conse-

---

(1) El Colegio Teresiano de Viena.

cuencia, con todo lo bueno y con todo lo malo que lleva consigo la naturaleza humana. Hízole Dios el favor de que conociera á los hombres como son en sí: sufrió ingratitudes; fué mirado en tierra extranjera, que es siempre tierra muy triste, unas veces con más respeto y otras con menos consideración; y entonces pudo conocer, que los reyes no siempre lo valen y lo pueden todo. Gran lección, hermanos mios, para que el orgullo no se apoderara de Él: habia alcanzado el supremo conocimiento á que humanamente podemos llegar en la tierra, el *nosce te ipsum* de los antiguos filósofos, el conocimiento de nuestro poco valer y de nuestra propia debilidad.

¡Oh señores! Estaba pasando en aquella época nuestro pueblo por una prueba sobre toda ponderación horrorosa. Los partidos políticos venian sosteniendo, con un tesón digno de mejor causa, una lucha insensata y cruelísima: la guerra civil habia estallado, propagándose de una manera tremenda, no sólo en la península, sino tambien en casi todos los dominios españoles; y como consecuencia de este estado de cosas, el comercio estaba paralizado; arruinada la industria; agotadas casi todas las fuentes de la producción; aumentada la deuda en proporciones que á todo el mundo asustaba; y el descrédito y la baja en nuestros valores públicos; y la horrible bancarrota asomando por todas partes su negra faz para devorarnos. Yo no achaco á ningun hombre, á ninguna colectividad, á ningun partido político estas desdichas: juzgo que todos son

inocentes, y pienso tambien que ninguno puede lavarse las manos; pero ello es, que todas estas desventuras pesaban como losa de plomo sobre nuestros pueblos; y en tan críticas circunstancias, fué proclamado Rey de España D. ALFONSO XII.

A mí, Sres., casi me dió lástima semejante proclamación. ¡Era tan bueno, tan candoroso, inspiraba tantas simpatías aquel joven! Mandado por el Prelado de entonces (1), de Santa memoria, y por el Cabildo de esta Santa Iglesia, yo tuve la honra de saludarle, y cruzar mi palabra con la suya á su paso por Chinchilla para Madrid; ¡Oh Dios mio! ¿qué va á ser de este pobre Joven, me decia, en circunstancias tan críticas y anormales? Socavado el trono y hasta los fundamentos de la monarquía, por todos los odios y por todas las pasiones; encendida la guerra civil hasta el punto de que parecia imposible extinguirla; sin hábitos de obediencia en los pueblos; sin energía en los hombres públicos para hacerse respetar ¿qué va á ser de este pobre Joven en las alturas de un trono, tan combatido por tantas pasiones y por tantos intereses encontrados?

Lástima, Sres., me dió el joven Príncipe, cuando le ví pasar por Chinchilla á ocupar el trono de sus padres: creia yo que no tenia espaldas para sostener tan enorme peso; pensaba que no podia tener valor para oponerse á tantas

---

(1) El Exmo. é Ilmo. Sr. D. Francisco Landeira y Sevilla, que estaba ya gravemente enfermo.

contrariedades; y le consideré desde luego como víctima inocente y propiciatoria de un gran sacrificio. Pero el Joven tuvo talento para apreciar en su justo valor la realidad de las cosas, y energía para mirar de frente aquellas anormales circunstancias; y tuvo corazón para ponerse al frente de sus tropas, y moralizar al ejército, y entusiasmar al soldado y presentarse en el campo de batalla, y elegir para Él el puesto de más peligro (1), y concluir con aquella guerra civil, que era una inmensa desventura para la patria.

¡Oh Dios mio! que no se repita jamás aquella guerra tremenda; guerra de hermanos con hermanos, de padres con hijos; guerra bárbara y cruel, en la que tanta sangre inocente se ha derramado, sangre de una juventud generosa que constituia nuestro porvenir y nuestra esperanza; que ha dejado viudas á tantas jóvenes esposas, y á tantas madres sin hijos, y á tantísimas familias sin el calor y el amparo de aquellos valientes, que en uno y otro bando creian pelear por la prosperidad de la patria... ¡Que no vuelva, Dios mio, á esta infortunada tierra otra guerra civil! ¡no, no! ¡que no volvamos á ver aquellos triunfos tan costosos, aquellas victorias tan ensangrentadas y tristes..., nuestras campiñas desoladas, nuestros campos arrasados, desiertas nuestras ciudades, destruidos nuestros pueblos, profanados nuestros templos y santuarios..., y la

---

(1) En Lácar y Lorca se cruzaron las balas del enemigo por junto á D. Alfonso.

horrible blasfemia en todas las bocas, y el odio y la venganza en todos los corazones, corazones que por la religión, por la patria y por la lengua, no pueden menos de ser corazones hermanos.....

Yo no digo, Sres., que concluyera por sí sólo nuestro malogrado Monarca la guerra fratricida: esfuerzos de gigantes hicieron entonces todos: pero es lo cierto que en ella, se habian estrellado nuestros más famosos capitanes, y nuestros generales más insignes, y el tacto, y la política, y el genio de nuestros hombres de Estado más eminentes; y lo que no pudieron hacer aquellos hombres, que valian tanto, lo hizo nuestro joven Monarca con el prestigio de su nombre, con el amor que le profesaban los pueblos, con esa sombra bienhadada que acompaña siempre al elegido de Dios, cuando quiere el Señor que se verifique alguna empresa extraordinaria. *Rey Pacificador*, le llamaron entonces y le siguen llamando los pueblos; y á mi no me cabe duda que la historia le conservará ese nombre: *non recedet memoria ejus a generatione in generationem.*

¡Oh Sres., hubiera sido un gran rey el Monarca que todos lloramos! Dígase lo que se quiera, España es un país esencialmente católico: á los españoles que digan que no lo son, dejadlos estar; yo, por mi parte, me guardo muy mucho de creerlos: ¡me han engañado ya tantas veces! A los que en esta tierra española, á los que en este pueblo de la Vírgen SSma. de la Fuensanta, ó de la SSma. Vírgen de los Desamparados, ó de la Vírgen purísima del Pilar, ó de la Madre

de la Caridad que veneran los Cartageneros... á los que en esta tierra de la Vírgen María dicen que no son católicos, yo de vosotros no les creería; se engañan lastimosamente, están equivocados, padecen, si conscientemente lo dicen, una lamentable alucinación ¿no han de ser católicos? lo han dicho las más veces sin saber lo que decian. El catolicismo está aquí en nuestra sangre, en nuestro carácter, en nuestra educación, en nuestros instintos: repito, señores, que no los creáis: dicen casi todos ellos lo que no sienten; es una hipocresía como otra cualquiera, la hipocresía de aparecer como *espíritus fuertes,* cuando en realidad de verdad son débiles y miserables como todos nosotros.

España, digo, es una nación eminentemente católica: gobernar aquí, y *hacer* orden y costumbres, como ahora se dice, sin leyes é instituciones católicas, prácticamente lo habeis visto, es rematadamente imposible; aquí no puede prosperar nada sin la base de la religión. Y no se diga que, sin perseguirla ó repudiarla, se puede prescindir de ella; tampoco. Cuando los gobiernos no protejen la religión, los pueblos enteros se apiñan para ayudarla y protejerla; y no sólo el pueblo pusilámine, que algunos llaman *beato,* sino los hombres de más carácter y de más energía, los hombres de más ciencia y de más talento, los ricos y los pobres, los jóvenes y los ancianos, las damas ilustres y las mujeres mas humildes y desvalidas del pueblo. Cuando se trata de ayudar y protejer la religión, señaladamente en

momentos de grandes apuros, aquí, en España, puede decirse, que no hay más que un hombre y una mujer, porque ellos y ellas, todos piensan lo mismo.

Comprendió esto DON ALFONSO y los hombres de todos los partidos que constantemente le han aconsejado; y guiado por su cristiana educación, y por su instinto de estadista y de católico, dió desde el primer momento garantías y seguridades á la Iglesia; protegió la religión, que es la base y fundamento de todo orden y de toda moralidad; y cuando vieron esto los pueblos, se ensancharon, como no podian menos de ensancharse los corazones católicos; y empezó esa nueva era de orden, de paz y tranquilidad, por que ya tantos años se suspiraba en todos los ámbitos de nuestra monarquía. Y entonces, Sres., la confianza pública echó á la plaza el dinero que ántes estaba escondido; y se vió florecer con nueva vida nuestra industria y nuestro comercio; y se levantó nuestro abatido crédito; y nuestra querida España comenzó á figurar en el concierto de Europa, siquiera como nación respetable y respetada. Yo no sé si estaré equivocado, pero á mí me parece que bajo este punto de vista, el reinado de DON ALFONSO ha sido glorioso para la patria. Preguntad á la industria catalana lo que ha ganado de diez años acá; preguntadlo al comercio y á todos los hombres de negocios; preguntad á nuestros labradores, si valen hoy más que nunca, excepción hecha de los tiempos de calamidades, sus frutos y su producción; preguntad

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA
DIRECCIÓN REGIONAL
MURCIA

en fin á todos los hombres pacíficos si ha sido afortunado y provechoso el reinado de DON ALFONSO XII... y si alguien lo duda en nuestros dias, cuando se hayan calmado las pasiones políticas que todo lo trastornan y envenenan, los hombres que vengan despues, tirios y troyanos, piensen en política como piensen; la historia imparcial os dirá que, dadas las circunstancias, el reinado de DON ALFONSO XII ha sido un reinado eminentemente glorioso: (1) *non recedet memoria ejus a generatione in generationem.*

Yo no sé si Dios en su altísima Providencia, nos deparará otro Monarca que tanto se interese por sus pueblos; y si me fuera permitido restringir ó particularizar la frase, yo diria que después de DON ALFONSO XII, dudo que tengamos otro monarca que tanto se interese por Murcia. ¿No recordáis ya los dias terribles de la inundación de 1879? Vosotros estábais aquí, y habeis sido testigos de todo. Nuestra hermosísima campiña rematadamente destruida, arrasados sus frutos, encenagadas ó enarenadas todas las tierras, destruidas las casas y viviendas, y muertos á centenares, que á penas se podian recoger, y la miseria, la angustia y la desolación era

---

(1) Al anunciarse el estado gravísimo de la salud de S. M. Don Alfonso XII, los fondos públicos bajaron muy cerca de seis enteros: baja tan enorme en un solo dia, no se habia visto jamás en nuestra bolsa. El orden, pues, y la prosperidad pública, á juicio de los hombres de negocios, parecian estar cimentados en la vida de nuestro malogrado Monarca.

el cuadro que por todas partes se encontraba. Esfuerzos extraordinarios y heróicos se hicieron entonces por nuestro pueblo y por nuestras autoridades para conjurar el mal, ó hacer frente al desastre: hombres ilustres unos y oscuros otros, pero todos cristianos y beneméritos, á quienes yo saludo desde este respetable sitio, á fuerza de inteligencia y de trabajo, á fuerza de energía y de corazón, afrontando todos los peligros, y socorriendo todas las necesidades, se crecieron en aquellos dias como gigantes: ¡oh si! gigantes del amor y la caridad, que es lo que más engrandece á los hombres. Cada uno puso entonces toda la energía de que era capaz en favor de sus hermanos: su talento unos, sus fuerzas materiales otros, plácemes y alabanzas á los valientes y enérgicos, los que no podian hacer otra cosa: organizaron las Señoras juntas de caridad, y todos aprontaron sus recursos y su dinero para socorrer la tremenda desgracia. Y si no me tuviese por un vulgar adulador la prensa de Murcia, que no lo soy, que no permita Dios que nunca lo sea, porque está sobradamente alto este sitio para descender á tan pequeñas miserias; si la prensa, digo, de Murcia no creyera en mí semejante bajeza, yo diria que esa prensa, que el humilde periódico de Murcia, tuvo entonces poder, por la misericordia de Dios, para mover al mundo entero; para atraer hacia esta infortunada comarca las miradas de todas las naciones; para que llegaran aquí rios abundantísimos de caridad, como hasta entonces no había acontecido nunca,

como no es fácil que vuelva á suceder en ninguna parte.

No necesitó en aquellos angustiosos dias el magnánimo DON ALFONSO, ni la iniciativa, ni el consejo de sus Ministros responsables; y empujado por la grandeza de su alma, no se contentó con mandar antes que nadie, sus recursos y su dinero; no fué bastante para Él interesar á su gobierno y á los grandes de su corte para que contribuyeran á socorrer la desgracia; hizo mucho mas que todo eso; lo dejó todo y se vino á Murcia; y yo le ví al pié de la derruida barraca; y hundidos sus pies en el fango, estrechar la mano callosa del infeliz labrador que todo lo habia perdido; y consolarle, y animarle, y socorrerle, y rodar por sus megillas lágrímas de compasión, ante el triste y angustiosísimo cuadro de miserias é infortunios. Se le conocia en aquellos dias, no por el brillo del poder, no por el lujo de la corte, no por el prestigio de la majestad, sino por el cortejo de pobres é infelices que iban á su lado. ¡ Bien hayan los reyes cuando así se interesan por los pueblos ! Son padres, son bienhechores, son ángeles, que, cualesquiera que sean nuestros ideales políticos, ante la majestad de esa grandeza tan humilde como bondadosa, pensemos como pensemos, nuestro corazón generoso no puede menos de bendecir y aclamar.

Y lo que hizo el año setenta y nueve en Murcia, lo ha vuelvo á repetir en Andalucía no ha muchos meses aún ¡qué digo repetir ! en Andalucía ha hecho muchísimo más. Aquí venía á

presenciar un cuadro de angustias y miserías; allí ese mismo cuadro, pero exponiéndose á la vez á muchos peligros: aquí nos trajo sus consuelos y su dinero; allí ademas de su dinero y de sus consuelos, expuso también su vida: aquí vino al comenzar el otoño, con una salud robusta, que nada teme, y todo lo puede á los 22 años; allí fué en lo más crudo del invierno, con su salud quebrantada, con el duende funesto, que á los diez meses, le habia de llevar al sepulcro. Tengo para mí que el viaje de Andalucía concluyó con la salud de nuestro joven Monarca.

¡Oh Sres.! Cuando nosotros estamos enfermos, que no se nos pidan, ni exijan sacrificios personales, porque únicamente nos acordamos de nuestros propios dolores; pero el joven Monarca era mucho más generoso, se acordaba é iba en busca de los que padecen, cuando tal vez Él más que ninguno padecía. Y en las puertas mismas de la muerte, cuando era ya presa de la terrible enfermedad que habia de acabar con su vida, hace cinco meses ahora, cuando el cólera estaba haciendo estragos en nuestra querida Murcia, Él quiso resueltamente, muriéndose tal vez, volver á visitarnos, y lo suplicó á sus Ministros, y fué necesaria toda la energía, y todo el patriotismo de los hombres públicos de todos los partidos, para impedir aquel viaje, que no aconsejaba ningún motivo de humana prudencia. Y se dió el caso, como todos sabéis, de presentar el ministerio en masa su dimisión ante la generosa obstinación del Monarca; y porque no hubo un par-

tido, porque no hubo un hombre público que aceptara el poder con esa condición, por eso no vino á Murcia, en los dias más pavorosos del cólera, nuestro valeroso y bondadosísimo Monarca DON ALFONSO XII (1). Y si por un imposible alguien pensó (que nadie lo pudo pensar, porque España es patria de hidalgos y caballeros), si por un imposible, digo, alguien llegó á dudar de la sincera resolución del Monarca, ya que por altísimas conveniencias, no pudo realizar su viaje á Murcia como deseaba, cuando el cólera estaba haciendo estragos en Aranjuez, sale una mañana de su alcázar, con un solo servidor; y sin participar á nadie su proyecto, sin despedirse de su augusta y joven Esposa, sin dar un beso siquiera á sus angelicales Hijas, marcha sólo á la estación del ferro-carril; y confundido con la mu-

---

(1) El ministerio del Exmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, vista la enérgica resolución del Monarca, y apurados en vano, los medios que aconsejaba la prudencia para disuadirle, presentó su dimisión. Planteada la crísis, llamó Don Alfonso al Exmo. señor D. Práxedes Mateo Sagasta para que consintiendo su viaje á Murcia, formase nuevo ministerio; pero el Jefe del partido liberal se negó tan respetuosa como resueltamente á lo uno y á lo otro. Lo mismo sucedió con los demás hombres públicos á quienes consultó el Soberano. Resuelta la crísis, y continuando al frente del Ministerio el Sr. Cánovas del Castillo, este y el Excentísimo Sr. Ministro de la Gobernación D. Francisco Romero Robledo vinieron á Murcia con abundantes recursos del Monarca, de la familia Real y del Gobierno. Murcia agradecida no olvidará nunca estos rasgos de generosidad y abnegación.

chedumbre, que, porque no se fijó en Él, no le conocía, se presenta en los hospitales de coléricos de Aranjuez, cuando nadie podia presumirlo ni esperarlo, como ángel bendito de la caridad, á quien Dios en aquellos angustiosos momentos enviaba. (1)

¡Oh sí¡ le enviaba verdaderamente Dios, porque desde esta época el ilustre Monarca, puede decirse, que no era ya de este mundo. Horrible enfermedad minaba sus pulmones y su vida, y sin un milagro de la divina Providencia, era ya materialmente imposible regenerar su salud: las fuentes de la vida se habian agotado ya; se habian secado, para no recoger nueva savia, las raices del lozano arbusto... y á pesar de los esfuerzos gigantes de la ciencia, del exquisito cuidado de sus servidores, del cariño de sus augustos Hermanos y familia, del amor entrañable y acendradísimo de la Madre y de la Esposa, tristes y

---

(1) Un coresponsal de Aranjuez refería este dialógo que tuvo el animoso Monarca con un soldado enfermo en el hospital militar. «¿De donde eres? le preguntó Don Alfonso—Señor, de Murcia—¡Oh de Murcia! contestó el Monarca; mucho quiero yo á los murcianos ¡pobrecitos! hubiera yo ido á visitarles ahora: pero ¡qué remedio! no ha podido ser... dí á tus padres cuando les escribas... que les escribirás, porque estás ya casi bueno... **que ya que no he podido ir á Murcia, en Aranjuez visito á los murcianos:** dilo así de mi parte, que tengo yo gusto que lo sepan.» Tal vez fuera este uno de los últimos rasgos de la vida pública del bondadosísimo Don Alfonso XII: puede decirse que ha muerto pensando con el más vivo interés en esta hermosa y desdichadísima comarca.

sobre toda ponderación hoy afligidas, cuyo dolor comprendo, y á cuya amarga pena me asocio yo, y España entera se asocia en estos tristes momentos... á pesar, digo, de tanto esmero, tanta solicitud y tantísimo cariño, aquella vida lozana, que hacian más apreciable la juventud y la fortuna, la grandeza y la gloria, el amor de la familia y la estimación de los pueblos..., aquella vida, digo, tan joven y tan lozana, se extingue paulatinamente como una luz que se apaga, y deja de latir aquel corazón, que estuvo sereno en medio de los mayores peligros, y muere DON ALFONSO XII, tal vez para bien suyo, porque Dios nuestro Señor le tendrá en el cielo, pero así y todo, entre el dolor de una atribulada familia, y el inmenso dolor de la patria, que Dios preserve en su infinita misericordia de supremas y mayores desventuras. (1)

¡Oh hermanos mios! yo no he sido nunca adulador del malogrado Monarca en los dias de su gloria y de su grandeza; jamás he buscado ocasiones de acercarme á la augusta persona de S. M. DON ALFONSO XII, ni me he permitido siquiera poner mi firma en ningùn documento, que pudiera traducirse de más ó menos exagerado respeto ó cariño, á nuestros reyes; pero

---

(1) S. M. Don Alfonso de Borbón y de Borbón, duodécimo de este nombre, nació en Madrid el 28 de noviembre de 1857: subió al trono el 30 de diciembre de 1874, y ha fallecido el 25 de noviembre de 1885, á la edad de 27 años, 11 meses y 26 dias: ha reinado pues 10 años, 10 meses y 27 dias.

ante el cadáver de ese Joven augusto, que era la esperanza de la patria; ante la tumba del Príncipe Católico, cuya pérdida aflige, y califica de una *gran desgracia* el venerable Pontífice León XIII desde las alturas del Sólio pontificio (1); ante el dolor de la augusta y afligida familia, que llora hoy, y que llorará por mucho tiempo pérdida tan irreparable; ante el amargo desamparo, que forzosamente han de sentir esas inocentes Niñas, cuando puedan penetrarse de la triste realidad de las cosas, aunque crezca y se multiplique ahora para con Ellas, la ternura y el cariño de todos; ante la monarquía española, que viste de luto por la muerte de su Rey, joven, bondadoso, inteligente, hidalgo y caballero: ante los suspiros de la España católica, que vió restauradas, hasta donde fué posible, en DON ALFONSO XII sus gloriosas tradiciones; ante esa vida llena de gloria que ya acabó..... no ante el regocijo y las alegrías, no ante el ex-

---

(1) Fueron sentidísimas las frases que dijo Su Santidad al Sr. Obispo de Vich al recibirse en Roma la noticia de la infausta muerte de Don Alfonso. Enseñóle el Santo Padre, en la audiencia particular que dió al Prelado, una carta autógrafa, recibida pocos dias antes del joven Monarca, haciendo en su nombre y en el de toda la augusta Real familia, sinceras y cordiales protestas de su adhesión incondicional y absoluta, á la Sede Apostólica. El Papa dijo terminantemente á nuestro Sr. Obispo *que la muerte de Don Alfonso era una gran pérdida para la nación española*. Claro es que el Santo Padre habia de fijarse más que en nada, en lo concerniente á la religión.

plendor y la grandeza, no ante el poder y ante el valimiento... sino ante una tumba que se cierra; ante un cadáver rígido, que será dentro de poco un puñado de ceniza; ante una luz que se ha extinguido ya para no encenderse más en la tierra: ante ese cadáver, pero cadáver que era en vida una gloria y una esperanza: ante esa sombra que ya pasó..... yo inclino respetuoso mi cabeza, como la inclinais indudablemente vosotros; y elevo con vosotros mis oraciones por el eterno descanso de su alma; y bendigo, y acato, y adoro la misericordia y la Providencia de Dios, que no nos ha de abandonar en tan críticas y espantables circunstancias.

¡Oh Dios mio! ¡Oh Vírgen Santísima de la Fuensanta! proteged desde el Cielo á la Esposa, á los Hijos, á los Padres, á los Hermanos, á la inocente y angelical Princesita, que será en su dia Reina Católica de las Españas..., á cuantos constituyen la augusta y atribulada familia, que llora hoy pérdida tan irreparable. Proteged á los pueblos todos de esta nación hidalga y generosa; y que nadie turbe la paz ¡oh sí! la paz, que es el primero, el más grande, el más importante de los beneficios del Cielo. Señora, que nos amemos todos como hermanos: que no surjan por Dios, como otras veces, en esta desventurada tierra, ni bandos políticos que nos destrocen, ni guerras civiles que nos arruinen; ni odios, ni rencores políticos, que por lo ménos, nos desacreditan y nos deshonran. Madre mia, iluminad todas las inteligencias; tocad con vues-

tra mano bendita todos los corazones, y lo repito, Señora, dadnos siquiera la paz, y la concordia, y la cristiana caridad, esa bendita caridad, que es el lazo de unión de todos los corazones.....

Exmos. Señores, ilustres Autoridades y Corporaciones, hermanos queridos mios, una palabra no más y concluyo: Ante esa tumba que acaba de cerrarse, y que guarda los restos mortales de un Monarca, que si por un imposible le olvidaran todos, Murcia, sin una monstruosa ingratitud, nunca podrá olvidar... ante esa tumba, inclinemos con respeto nuestras cabezas, y oremos, y roguemos á Dios como cristianos, por el eterno descanso de su alma; y tened por cierto, que si hay alguno (que no sé si lo habrá) que hoy no le haga justicia, cuando pase el tiempo, notaremos seguramente su falta; nos apercibiremos, tal vez apesar nuestro, del vacío que nos deja; y le elogiarán hasta los que no fueron sus amigos... y no os quepa duda, alguna vez dirá la historia ¡oh sí! lo dirá, lo veo claro como la luz del dia; alguna vez dirá la historia, que el reinado de S. M. DON ALFONSO XII, ha sido fecundo y verdaderamente glorioso para la nación española. ¡Dios nuestro Señor, en su infinita misericordia nos proteja, y nos asista á todos con su gracia!

HE DICHO.

ESCUELA DE EDUCACION Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL